



Bethlehem Ministry
OF THE ASSEMBLIES OF GOD

**CONDUCTA 8 –
CARÁCTER 2
EL HAMBRE POR
UNA VIDA QUE
AGRADA A DIOS**



“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia;”

Mateo 5:6-7

**BOLETIM 687 - ESTUDO 827
DIA 20 DE SETEMBRO**

INTRODUCCIÓN

Este estudio forma parte de una serie compuesta por tres estudios sobre las Bienaventuranzas que se encuentran en Mateo 5:3-11, bajo el tema general “Conducta – Carácter”. Nuestro estudio es el segundo de esa serie y tiene el título *“EL HAMBRE POR UNA VIDA QUE AGRADA A DIOS”*, basado en Mateo 5:6-7.

A primera vista, el hambre y la sed de justicia y la práctica de la misericordia pueden parecer asuntos diferentes. Sin embargo, Jesús coloca estas dos características en secuencia, mostrando que existe una conexión entre aquello que deseamos en nuestro interior y la manera en que tratamos al prójimo. Esto nos lleva a algunas preguntas importantes: ¿Qué significa justicia en el contexto bíblico? ¿Por qué Jesús utiliza el hambre y la sed para representar ese deseo? ¿Qué significa la promesa de que esas personas *“serán saciadas”*? ¿Y cuál es la relación entre la misericordia que recibimos de Dios y aquella que debemos ofrecer a las personas?

Durante este estudio, comenzaremos procurando comprender el significado bíblico de la justicia y su relación con la transformación, la santidad y la sumisión a la voluntad de Dios. Después, estudiaremos por qué Jesús utiliza el hambre y la sed para representar el deseo por una vida que agrada a Dios. A continuación, examinaremos a los misericordiosos y la promesa de que ellos *“alcanzarán misericordia”*, haciendo la transición de aquello que recibimos de Dios hacia aquello que ofrecemos al prójimo.

La línea principal que acompañará todo el estudio será esta: Dios transforma nuestros deseos y nuestras relaciones. Por eso, antes de examinar la intensidad del hambre y de la sed, necesitamos comprender aquello hacia lo cual ese deseo está dirigido: la justicia.

EL SIGNIFICADO BÍBLICO DE JUSTICIA

Cuando oímos la palabra “justicia”, generalmente pensamos en leyes, tribunales, derechos, juicios o en el castigo de alguien que hizo algo incorrecto. Estos asuntos forman parte del concepto de justicia, pero el significado bíblico es más amplio. En la Biblia, justicia es aquello que está de acuerdo con el carácter y la voluntad de Dios. Dios es quien establece lo que es correcto, y no nuestros intereses personales, sentimientos o preferencias. Por lo tanto, vivir en justicia significa permitir que nuestra vida sea puesta en conformidad con aquello que Dios considera correcto.

En el Evangelio de Mateo, la justicia está relacionada con una vida gobernada por Dios. Alcanza nuestros pensamientos, deseos y motivaciones, pero también se manifiesta en nuestras palabras, decisiones y relaciones. Por eso, la justicia bíbli-



ca no puede limitarse solamente a la vida interior, como si se tratara únicamente de oración y santidad personal, ni tampoco solo a las cuestiones exteriores, como si se tratara únicamente de la manera en que la sociedad debe funcionar. Comienza en nuestra relación con Dios y alcanza toda nuestra manera de vivir.

La primera vez que la palabra “justicia” aparece en Mateo es en el bautismo de Jesús. Juan el Bautista no entendía por qué Jesús deseaba ser bautizado, pero Jesús respondió:

Mateo 3:15

“Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó.”

En ese contexto, cumplir toda la justicia significa obedecer completamente al propósito del Padre. Jesús no estaba buscando una apariencia religiosa ni tratando de demostrar que era mejor que las demás personas. Él estaba ocupando el lugar determinado por Dios y sometién-dose a su voluntad. Esto nos ayuda a comprender que la justicia bíblica no comienza cuando nos comparamos con alguien, sino cuando nos preguntamos si nuestra vida está de acuerdo con aquello que Dios desea.

Más adelante, Jesús presenta otra dimensión de esa justicia:

Mateo 5:20

“Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.”

Los escribas y fariseos eran conocidos por su cuidado con las prácticas religiosas. Sin embargo, Jesús mostró que es posible obedecer exteriormente ciertas reglas mientras el corazón continúa dominado por el orgullo, la hipocresía, la falta de amor y el deseo de reconocimiento. Cuando Jesús habla de una justicia que debe exceder a la de ellos, no está diciendo que solo necesitamos añadir más reglas. Está hablando de una justicia que no permanece en la apariencia, sino que alcanza las intenciones y los deseos del corazón.

Esto no significa que conquistamos la salvación por medio de nuestras obras o que necesitamos presentar un comportamiento perfecto para merecer el favor de Dios. La justicia del Reino no es una competencia para ver quién logra parecer más correcto. Es el resultado de una vida que está siendo transformada y colocada bajo el gobierno de Dios. Esa transformación produce santidad, obediencia, verdad e integridad. También modifica la manera en que tratamos a las personas, porque no podemos afirmar que vivimos según la voluntad de Dios mientras actuamos con deshonestidad, injusticia, crueldad o indiferencia ante las necesidades del prójimo.

La importancia de esa justicia también aparece cuando Jesús enseña sobre las prioridades de la vida:

Mateo 6:33

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”

Buscar primero el Reino de Dios significa reconocer su gobierno como la prioridad de nuestra vida. Buscar su justicia significa desear aquello que está de acuerdo con ese gobierno. No podemos afirmar que buscamos el Reino mientras rechazamos la voluntad del Rey. Por eso, la justicia influye en nuestras decisiones, relaciones, palabras, hábitos y responsabilidades. Nos lleva a preguntarnos no solamente qué deseamos hacer, sino qué agrada a Dios.

La aplicación personal comienza cuando dejamos de buscar justicia solamente por los errores cometidos por los demás y permitimos que Dios examine primero nuestro propio corazón. Es más fácil desear que Dios corrija a las personas que nos rodean que reconocer aquello que necesita ser transformado en nosotros. La justicia bíblica nos enseña a desear que Dios ponga en orden nuestros pensamientos, motivaciones, hábitos y relaciones. Incluye abandonar el pecado, crecer en santidad, actuar con integridad y tratar a las personas de manera correcta.

Podemos, entonces, explicar la justicia bíblica como una vida colocada en el lugar correcto delante de Dios: él gobierna, nosotros nos sometemos y nuestra manera de vivir comienza a reflejar su voluntad. Entonces *podemos parafrasear Mateo 5:6 de esta manera:*

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de vivir de acuerdo con aquello que Dios considera correcto, de una vida en conformidad con la voluntad de Dios y de una vida que

agrada a Dios, porque serán saciados.

LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA — “SERÁN SACIADOS”

Después de comprender el significado bíblico de justicia, podemos entender por qué Jesús utiliza el hambre y la sed para representar el deseo por una vida que agrada a Dios.

El hambre y la sed son necesidades fundamentales para la supervivencia del ser humano. Cuando el cuerpo necesita alimento, sentimos hambre; cuando necesitamos agua, sentimos sed. Estas sensaciones nos avisan que existe una necesidad que debe ser atendida. Una persona que está verdaderamente hambrienta no trata el alimento como algo secundario, y alguien que tiene mucha sed no considera el agua sin importancia. Además, una sola comida no elimina definitivamente estas necesidades. Después de un tiempo, volvemos a sentir hambre y sed, porque nuestro cuerpo sigue dependiendo de alimento y agua.

Al elegir esta comparación, Jesús presenta cuatro características importantes: necesidad, intensidad, continuidad y dependencia. La justicia no debe tratarse como un asunto



secundario de la vida cristiana. Así como el cuerpo necesita continuamente alimento y agua, nuestra vida espiritual depende de la voluntad de Dios. Jesús está describiendo a personas que reconocen esa necesidad y desean profundamente que su vida sea puesta en conformidad con aquello que Dios considera correcto.

Existe, sin embargo, una diferencia entre las necesidades físicas y las espirituales. Nuestro cuerpo normalmente anuncia su necesidad de alimento y agua de manera automática, pero nuestra percepción espiritual puede estar debilitada o confundida. Podemos estar espiritualmente necesitados sin comprender claramente lo que está sucediendo. Así como una persona enferma puede perder el apetito aun necesitando alimento, también podemos perder el deseo por las cosas de Dios mientras seguimos necesitándolas. La ausencia de hambre espiritual no significa necesariamente que estemos satisfechos o saludables.

En el Salmo 42:1-2 el salmista utiliza una imagen semejante para describir el deseo por Dios:

Salmos 42:1-2

“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?”

El salmista compara su deseo por la presencia de Dios con la necesidad de un animal que busca agua. No se trata solamente de un interés pasajero, sino del reconocimiento de una

dependencia profunda. De la misma manera, el hambre y la sed mencionadas por Jesús describen a personas cuya vida está siendo dirigida hacia aquello que agrada a Dios.

También necesitamos observar que Jesús no llama bienaventuradas simplemente a las personas que tienen deseos intensos. Todo ser humano tiene hambre y sed de alguna cosa. Podemos desear reconocimiento, seguridad, poder, comodidad, placer o control. La intensidad de un deseo no significa que sea correcto. Lo que distingue a las personas mencionadas por Jesús es el objeto de su hambre y de su sed: ellas desean justicia. Después de comprender que la justicia es una vida colocada bajo el gobierno de Dios, percibimos que esas personas desean transformación, santidad, obediencia y una manera correcta de vivir.

El hambre y la sed son imágenes del deseo; la justicia es aquello que está siendo deseado. Jesús no está diciendo que la justicia sea literalmente un alimento o un agua espiritual. Está enseñando que la voluntad de Dios debe ser deseada como algo necesario para la vida. Esa hambre no está dirigida solamente a la corrección de los errores cometidos por otros, sino al deseo de que Dios ponga en orden todo aquello que no corresponde a su voluntad, comenzando en el interior de cada persona.

La promesa ligada a ese deseo es: *“serán saciados”*. Jesús no promete satisfacer todo deseo humano, sino que promete satisfacer a los que tienen hambre y sed de justicia.

La persona reconoce su necesidad y busca aquello que agrada a Dios, pero es el propio Dios quien concede la satisfacción. Él enseña, corrige, sostiene y transforma a los que desean vivir de acuerdo con su voluntad.

Esa satisfacción ya puede experimentarse mientras Dios trabaja en nuestra vida, pero no significa que hayamos alcanzado la perfección completa o que hayamos dejado de desear crecimiento. La promesa también apunta hacia el futuro, cuando la justicia de Dios sea plenamente establecida y su obra sea completada. Por lo tanto, estamos satisfechos por aquello que Dios ya ha realizado, mientras continuamos deseando aquello que él todavía realizará.

DESEAR TRANSFORMACIÓN, SANTIDAD Y LA VOLUNTAD DE DIOS

El hambre y la sed de justicia no se limitan al interés por una enseñanza bíblica. Revelan la disposición de tener el interior y la conducta puestos en conformidad con aquello que agrada a Dios.

Romanos 12:1-2

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional. No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.”

Pablo reúne tres aspectos importantes: la renovación del entendimien-

to, una vida dedicada al Señor y el reconocimiento de su voluntad. El cambio comienza en la manera de pensar y alcanza las motivaciones, las decisiones y las actitudes. La santidad, por lo tanto, no es una apariencia religiosa, sino una vida separada del pecado y coherente con aquello que se afirma creer.

Esta aplicación se vuelve personal porque es más fácil percibir lo que necesita ser corregido en las circunstancias o en las demás personas que reconocer lo que está mal en nosotros. Nuestras reacciones revelan esa condición. La resistencia a la corrección puede mostrar orgullo; la dificultad ante el reconocimiento recibido por otra persona puede revelar envidia; la impaciencia cuando perdemos el control puede demostrar que nuestros intereses ocupan un lugar mayor que la voluntad del Señor.

Buscar la voluntad de Dios no significa esperar que él simplemente confirme nuestros planes. Significa aceptar su gobierno incluso cuando confronta nuestras preferencias personales. Esa obra ocurre progresivamente, alcanzando diferentes áreas de la vida y produciendo una conducta correspondiente al carácter que está siendo forma-



do.

Así, tener hambre y sed de justicia no significa haber alcanzado ya la perfección, sino querer vivir de manera santa y agradable a Dios. Después de tratar estos deseos interiores, Jesús dirige la enseñanza hacia las relaciones, presentando a los misericordiosos y la promesa de que ellos *“alcanzarán misericordia”*.

LOS MISERICORDIOSOS — “ALCANZARÁN MISERICORDIA”

Después de tratar la justicia, la santidad y la voluntad de Dios, Jesús dirige la enseñanza hacia las relaciones. El cambio realizado en el interior comienza a manifestarse en la manera en que las personas son tratadas.

Mateo 5:7

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia;”

Ser misericordioso significa percibir la necesidad, el sufrimiento, la debilidad o la culpa de alguien y responder con compasión. Esa respuesta puede manifestarse como ayuda, paciencia, perdón, cuidado o búsqueda de la restauración. Por lo tanto, no se trata solamente de sentir lástima. Un sentimiento puede permanecer en el interior sin producir ninguna actitud, mientras que la verdadera compasión se vuelve visible en la conducta.

Jesús no habla de una acción aislada, sino de personas caracterizadas por esa cualidad. Ellas no evalúan al prójimo únicamente por sus er-

rores, limitaciones o por aquello que pueden ofrecer. Su manera de actuar demuestra sensibilidad ante el dolor, paciencia con las debilidades y disposición para tratar a quien falló sin crueldad ni deseo de humillación.

Esto no significa ignorar el pecado, abandonar la verdad o impedir toda consecuencia. Existen situaciones en las cuales el error debe ser confrontado, la persona perjudicada debe ser protegida y es necesario establecer límites. La justicia reconoce lo que es correcto, mientras que la compasión orienta la manera en que tratamos a las personas involucradas. Así, es posible corregir sin humillar y establecer responsabilidad sin alimentar la venganza.

La promesa de que los misericordiosos *“alcanzarán misericordia”* no representa una negociación con Dios. Las buenas acciones no compran su favor ni crean un crédito ante él. La conducta compasiva evidencia que la persona ha comprendido la gracia y está siendo alcanzada por los valores del Reino. El mismo Dios que sacia a los que tienen hambre y sed de justicia es quien concede misericordia.

Santiago 2:13

“Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio.”

Este texto muestra la seriedad del asunto. Una vida permanentemente marcada por la crueldad, la indiferencia y la falta de perdón contradice la fe que la persona afirma poseer. Santiago no enseña que la salvación se obtiene por buenas obras, sino que demuestra que aquello que fue recibido debe producir resultados en la manera de vivir.

La pregunta que surge es: ¿de dónde viene esa disposición para tratar al prójimo de esta manera? No nace de la superioridad moral ni de la idea de que algunas personas son naturalmente mejores que otras. Su origen está en la manera en que el propio Dios nos trata.

DE AQUELLO QUE RECIBIMOS DE DIOS A AQUELLO QUE OFRECEMOS AL PRÓJIMO

La misericordia tiene su origen en Dios. Antes de ofrecer compasión, paciencia y perdón, fuimos alcanzados por esas mismas cosas. La conducta cristiana no nace de la superioridad moral, sino del reconocimiento de que también dependemos de la gracia divina.

Efesios 4:32

"Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo."

Pablo establece una relación directa entre lo que Dios hizo y la manera en que sus hijos deben vivir. La expresión *"como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo"* presenta el fundamento del perdón ofrecido

al prójimo. No perdonamos porque la ofensa haya dejado de ser importante o porque seamos mejores que quien nos ofendió. El perdón recibido en Cristo establece un nuevo estándar para las relaciones.

La bondad, la compasión y el perdón no compran el favor de Dios. Son resultados de la gracia que ya nos alcanzó. Quien comprende que fue tratado con paciencia comienza a mirar de otra manera las debilidades de las personas. Quien reconoce el perdón recibido entiende que no puede permanecer gobernado por el deseo de venganza. Así, aquello que Dios realiza en el interior comienza a producir una nueva conducta.

Esteban es un ejemplo bíblico de esta verdad. Él anunció la Palabra con fidelidad y, a causa de su testimonio, fue perseguido y apedreado. Aun frente a la violencia de sus acusadores, su reacción demostró que el carácter de Cristo estaba siendo formado en él.

Hechos 7:59-60

"Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y puesto de rodillas, clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y habiendo dicho esto, durmió."

Esteban no negó la injusticia que estaba sufriendo ni llamó correcto a la violencia. Sin embargo, en lugar de pedir venganza, entregó su vida al Señor Jesús y pidió que aquel pecado no les fuera atribuido a sus perseguidores. Su actitud se asemeja a la misericordia demostrada

por el propio Cristo y revela cómo el evangelio había alcanzado su manera de tratar incluso a quienes le hacían mal.

Este ejemplo muestra que la compasión ofrecida al prójimo no depende del merecimiento de la otra persona. Procede de aquello que fue recibido de Dios. Esto no elimina la verdad, la responsabilidad ni las consecuencias del error, pero impide que la crueldad y la venganza determinen nuestra respuesta.

Aquello que recibimos puede manifestarse en las relaciones de diferentes maneras. La compasión recibida se convierte en cuidado hacia quien sufre; la paciencia recibida transforma el trato dado a las debilidades; el perdón recibido cambia la respuesta ante las ofensas; y la bondad divina pasa a orientar la manera en que vemos y tratamos a las personas.

De esta manera, la enseñanza que comenzó con el hambre y la sed de justicia llega hasta la conducta misericordiosa. Dios pone nuestros deseos de acuerdo con su voluntad y hace que ese cambio alcance las relaciones.



CONCLUSIÓN

Quiero terminar poniendo delante de nosotros dos historias reales, porque a veces logramos ver con más claridad una verdad cuando vemos lo que ella produce en la vida de alguien.

Lee Strobel, en *The Case for Faith*, presenta la trayectoria de dos jóvenes evangelistas que, a finales de la década de 1940, se encontraban entre los nombres más prometedores del evangelismo aquí en América: *Billy Graham* y *Charles Templeton*. Eran amigos, predicaban el mismo evangelio y ambos comenzaron a enfrentar preguntas difíciles respecto a la Biblia y a la fe cristiana. *Templeton* comenzó a cuestionar cada vez más la confiabilidad de las Escrituras y llegó a presionar *Graham* con sus propias dudas. *Billy Graham* no salió de aquella conversación con todas las respuestas. Por el contrario, quedó profundamente perturbado.

En 1949, durante un retiro en *Forest Home*, en California, *Graham* salió a solas y se presentó ante Dios con la Biblia. Reconoció que había cuestiones que no podía resolver intelectualmente, pero decidió que aquello que todavía no comprendía no le impediría seguir confiando y sometién dose a la Palabra de Dios. Más tarde describió aquel momento como el cruce de una gran barrera interior. Pocas semanas después comenzaría la histórica campaña de Los Ángeles.

Templeton siguió otro camino. Sus dudas crecieron hasta que dejó el ministerio y abandonó la fe cristiana. Décadas más tarde, cuando *Lee Strobel* lo entrevistó, *Templeton* todavía habló de Jesús con profunda admiración y emoción. Ambos hombres tuvieron preguntas; ambos enfrentaron crisis. Por lo tanto, no debemos simplificar la historia diciendo que uno tenía preguntas y el otro no. El contraste aparece en la dirección que tomaron cuando llegaron al límite de sus propias respuestas.

Y es aquí donde Mateo 5:6 nos confronta. Tener hambre y sed de justicia no significa comprenderlo todo ni pasar por la vida sin conflictos. Significa desear permanecer bajo el gobierno de Dios incluso cuando su voluntad exige nuestra confianza más allá de lo que logramos explicar. Por eso, ante la experiencia de *Billy Graham* y *Charles Templeton*, me gustaría que cada uno de nosotros se preguntara:

¿Qué es lo que realmente quiero que Dios haga en mí?

Tal vez quiero que él resuelva mis problemas, cambie mis circunstancias o responda mis preguntas. Pero ¿será que también quiero que él trate mis dudas, mis resistencias, mi voluntad propia y aquello que todavía no está completamente sometido a su gobierno?

Algunos años antes, otra cristiana tendría que enfrentar una cuestión diferente.

Corrie ten Boom cuenta en *Tramp for the Lord*, que, en 1947, estaba en una iglesia en Múnich, Alemania. Ella había ido a aquel país devastado por la guerra para anunciar que Dios perdona. Aquella noche, su mensaje trataba precisamente sobre el perdón divino. Cuando terminó y las personas comenzaron a salir, un hombre caminó hacia ella. *Corrie* reconoció en él a un antiguo guardia de *Ravensbrück*, el campo de concentración donde ella y su hermana *Betsie* habían sufrido y donde *Betsie* murió.

Aquel hombre contó que se había convertido en cristiano, habló del perdón que había recibido de Dios y extendió la mano preguntando si *Corrie* también podría perdonarlo. En ese momento, ella no necesitaba otro mensaje sobre la misericordia. Acababa de predicarlo. Lo que necesitaba ocurrir era mucho más profundo: la verdad que conocía necesitaba alcanzar su propia reacción frente a alguien vinculado a uno de los mayores dolores de su vida. *Corrie* relata su lucha interior y cómo finalmente decidió extender la mano y perdonarlo, reconociendo que aquella capacidad no procedía simplemente de sus sentimientos, sino de la gracia de Dios.

Y entonces Mateo 5:7 deja de ser solo una frase conocida y pasa a preguntarnos:

¿Qué está produciendo en mí la misericordia que recibí de Dios?

Porque tal vez sea relativamente fácil hablar de la misericordia que recibimos. Más difícil es percibir si esa misericordia ya alcanzó nuestra manera de mirar a quien falló, nuestra paciencia con las debilidades, nuestra reacción ante las ofensas y hasta esos lugares del corazón donde todavía cargamos heridas profundas.

Billy Graham nos lleva a mirar ***aquello que deseamos que Dios transforme dentro de nosotros.*** ***Corrie ten Boom*** nos lleva a percibir ***lo que esa transformación comienza a producir a través de nosotros.*** Y tal vez sea exactamente ahí donde estas dos *Bienaventuranzas* se encuentren: cuando nuestro deseo deja de ser solamente recibir de Dios aquello que queremos y pasa a ser convertirnos en aquello que él desea, y cuando la misericordia que nos alcanzó deja de terminar en nosotros y comienza a modificar la manera en que tratamos a las personas.

Por eso, me gustaría que estas dos preguntas nos acompañaran después de que este estudio bíblico termine:

¿Qué es lo que realmente quiero que Dios haga en mí?

Y, si él ya ha estado trabajando en mí,

¿Qué está produciendo en mí la misericordia que recibí de Dios?

Porque una vida que agrada a Dios no es simplemente una vida que conoce las palabras de Jesús. Es una vida en la cual esas palabras comienzan, progresivamente, a tomar forma.

¡Dios los bendiga!

Pr. Marcos de Moraes Carvalho
Worcester, MA

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIA SAGRADA. *Almeida Revista e Corrigida (ARC).* Sociedade Bíblica do Brasil.

FRANCE, R. T. *The Gospel of Matthew.* New International Commentary on the New Testament. Grand Rapids, MI: William B. Eerdmans Publishing Company, 2007.

TURNER, David L. *Matthew.* Baker Exegetical Commentary on the New Testament. edited by Robert W. Yarbrough and Robert H. Stein. Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2008.

STROBEL, Lee. *The Case for Faith: A Journalist Investigates the Toughest Objections to Christianity.* Grand Rapids, MI: Zondervan, 2000.

TEN BOOM, Corrie, with Jamie Buckingham. *Tramp for the Lord.* Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade, 1974.



Bethlehem Ministry of the Assemblies of God

United States

- . California
- . Florida
- . Georgia
- . Hawaii
- . Illinois
- . Maryland
- . Massachusetts
- . Mississippi
- . Nebraska
- . North Carolina
- . Ohio
- . Pennsylvania
- . South Carolina
- . Texas
- . Utah
- . Virginia
- Washington, DC
- . Washington State

Europe

- . Austria
- . Belgium
- . Czech Republic
- . Denmark
- . France
- . Germany
- . Ireland
- . Italy
- . Luxembourg
- . Holland
- . Portugal
- . Spain
- . Sweden
- . Swiss
- . United Kingdom

Asia

- . Bangladesh

Oceania

- . Australia
- . New Zealand

Caribe

- . Haiti

Africa

- . Mozambique

